

Baile de las "Inditas"

MANUEL LOPEZ PEREZ

A las alturas de nuestro tiempo nadie podría negar con justicia que es el pueblo quien, a despecho de las élites, da carácter a la nacionalidad, no sólo alimentando la psicología colectiva con su propio espíritu, sino también preservando el espíritu nacional al asilarlo en sus hondos sentimientos siempre que aquella es deprimida por fuerzas extrañas. Hay más, cuando en la nación sojuzgada todo parece perdido, especialmente por la complicidad de las clases elevadas, lista siempre a entenderse con los conquistadores para salvar sus intereses, estas clases aparentan asimilar, con servil actitud, ciertas formas culturales que arrastran las fuerzas invasoras procurando liquidar todo lo nacional y sustituirlo radicalmente por lo extraño, entonces en el seno del pueblo se opera un proceso distinto, más inteligente y fecundo: el de la combinación de las nuevas formas culturales con las autóctonas para producir formas nacionales nuevas, verdaderas creaciones que significan una superación sobre las formas nacionales anteriores. El folklore, verdadero almacén de las facultades y producciones populares, nos ofrece a cada paso las pruebas documentadas de aquellas afirmaciones. Ahora damos un ejemplo concluyente.

En la ciudad de Masaya, Nicaragua, más propiamente en Monimbó, barrio indígena de aquella población, se usa, desde tiempo inmemorial, un baile llamado de "las inditas" que es un verdadero documento de la historia patria, allí donde todavía no hay museos, ni archivos, ni sociólogos, ni poetas, ni artistas del alma nacional. Me propongo describirlo, no con fines literarios, sino sociales, por lo cual prescindiré del colorido y del movimiento usuales en la técnica literaria.

EL ASUNTO—El baile de "las inditas", como contenido, tiene una invitación al amor, intensa y constante, pero caballerosa y honesta, sin llamas ardientes de lujuria, mas no entre personajes iguales, sino entre dos individuos de distinta raza y civilización, de quienes corresponde la masculinidad al blanco.

PERSONAJES SOCIALMENTE DESIGUALES—La indumentaria de la mujer consta del clásico Güipil y la manta americanos, esta última de vivos colores, arrollada sin pliegues al cuerpo y sostenida en la cintura por una faja también colorida. de limpia manufactura autóctona. El

Güipil se ostenta hermosamente sembrado de brillos metálicos, gracias a las lentejuelas dispuestas en líneas caprichosas por entre bordados de motivos indígenas. Lleva, además, los pies desnudos, así la danzarina en la vida diaria use zapatos. Oculta el rostro con una máscara de madera, virginal y graciosa, pero rubicunda. Las máscaras autóctonas son de madera o de piedra. Cubre la cabeza, de cabellos largos y lacios, un sombrero pajizo, de alas anchas, adornado con encajes y cintas. Pone la nota final un lujoso abanico que presta servicios en el baile. No es difícil reconocer aquí a un auténtico personaje americano, indígena, a pesar del sombrero y del abanico, posiblemente agregados posteriores a la formación del baile. A la mujer se le llama "la indita", y ella da nombre al mismo baile.

El varón representa un personaje diametralmente distinto. Su indumentaria consta de blusa adornada con una gola corta y manga amplia, sin exageración, pero apretadas en los puños; calzón generalmente blanco ceñido a las rodillas con varios adornos y cascabeles, medias de color y zapatos, aunque el actor en la vida diaria no los use.

Cuando alguno no puede bailar con zapatos por falta de costumbre, calza la sandalia nacional, el caite, nombre corrompido de cactli, voz azteca. En los zapatos lleva también sonoros cascabeles metálicos. Completa el traje un amplio sombrero de palma, adornado con cintas que caen sobre la espalda. La parte delantera del ala, prendida a la copa, deja ver una máscara de fino alambre que reproduce un hermoso y franco rostro de blanco, barbado y con bigotes. Como último detalle porta una hermosa toalla que le ha de ser muy útil en el baile. Desde luego, reconocemos en este personaje al varón que nos trajo la conquista. Se le llama el "viejo", que en lenguaje popular quiere decir el galán, el enamorado.

LA MUSICA—También corresponde a dos elementos étnicos distintos puestos en contactos, con la diferencia de que en ella es el elemento americano el predominante. Consta de marimba primitiva, pero sonora y emotiva, y dos o tres guitarrillas, instrumentos hispanos éstos, que la acompañan sin eclipsarla un solo momento. La pieza musical es acentualmente indígena; la que más se usa en el baile es el "zanatillo".

DESARROLLO DE LA DANZA—Cuando la marimba empieza a tocar las "inditas" están sentadas, tranquilas. Es el "viejo" quien, desde las primeras notas, ha entrado en acción, con elegancia y donosura, avanzando desde un extremo del ruedo que forman los espectadores hacia el lugar en que se encuentra la dama. Se agita graciosamente, con agilidad y pasión, con variedad pero sin la lujuria frenética de los bailes de negros y mulatos. Los sonoros cascabeles brillantan la agitación del cuerpo masculino. Al llegar frente a la "indita" redobla su actitud. Abriendo los brazos la invita a bailar con él. Al fin la dama se pone en pie, despliega el abanico y entra a la danza. También en la acción la mujer no tiene nada en común con su galán. Mientras éste se mueve con verdadera agitación rítmica y compleja, la "indita" se adelanta hasta el extremo del ruedo y retrocede en línea recta, a pasos cortos, levantando los pies apenas, lo necesario para caminar. El brazo izquierdo oscila según la línea de la locomoción ordinaria, sólo que más aceleradamente, como lo exige el ritmo musical. Como un ala materna defendiendo a sus dos pichones, el abanico tiembla desplegado sobre el pecho de modo que no deja ver otros temblores. El rostro va tímidamente vuelto hacia el "viejo" con tendencias a mirar al suelo, más bien. Los movimientos de la dama son monótonos y simples. No atraen en verdad la atención del espectador. Corresponde al recato, a la honestidad, pero aún más que a eso a la manifiesta inferioridad de la mujer india ante el hombre blanco, en presencia del cual no puede desarrollar su personalidad. El "viejo", por el contrario, va en pos de la "indita", ora siguiéndola, ya cortándole el paso, ahora rodeándola, tomando posturas vivas, insinuantes, apasionadas, pero siempre caballerosas. Algunas veces, con la toalla tensa entre los brazos en arco, ya sea delante del pecho o tras el cuello, se aproxima a la "indita" ofreciéndole calor e intimidad. Otras, alzando el rostro al cielo, parece invocar a Dios. Otras, con las manos por detrás, baja la cabeza con aire de resignación. Otras, los pies se mueven con atractiva agilidad en los zapateos y compases complicados. El movimiento de cintura es en extremo claro en las insinuaciones. El baile finaliza como empezó. El "viejo" sienta en su lugar a la "indita" y otro "viejo" inicia la formación de otra pareja. Viendo el desarrollo de la danza pensamos en un idilio, más que entre dos personas humanas entre dos culturas: la una descalza y deprimida, la otra rica y arrogante, pero ambas como que están en la amorosa tarea de las creaciones.

Resultan, pues, en el baile: primero, el absoluto contraste social entre los personajes; segundo: la tenacidad inteligente de las diferencias entre los actores, hasta en los menores detalles de la indumentaria y la acción; y, tercero: la caballerosidad y galantería de varón frente al recato y timidez de la hembra, pero de una hembra inferior que, ni a título del amor solicitado con tanta gentileza y empeño, se atreve a elevarse a la altura psicológica del varón. Seguramente el baile no corresponde, en verdad, a la época de la conquista cuando el macho brutal,

como el centauro, raptaba y violaba a la mujer y luego la abandonaba. El baile debe haberse formado en años posteriores.

Pasando revista al rico y variado folklore de México, no encontramos nada igual, ni en el fondo ni en las formas. En el baile nacional americano, el jarabe tapatío, el varón danza muy semejantemente al "viejo" de las "inditas", ejecutando muchos movimientos iguales, pero en el jarabe tapatío la "china poblana" realiza los mismos movimientos que el "charro", y es igual la condición social y étnica de ambos. Los dos se colocan a la misma altura espiritual. En Mecatepec, Tabasco, se baila también una danza que, en el asunto y la acción, tiene mayores contactos con el baile de las "inditas" de Masaya, tanto más importante cuanto que es también el varón quien inicia la danza y a quien corresponde el papel más vivo, pero, quizá por los efectos de la explotación y la pobreza, los indios de Mecatepec no se disfrazan, pues bailan con el traje de la vida diaria.

Por los informes que tenemos del folklore del resto de América, entendemos que tampoco en Sudamérica hay un baile como el de las "inditas" por lo cual lo consideramos como único en su especie, y, teniendo en cuenta la desigualdad social y psicológica de los personajes y el asunto de la danza, lo llamamos "baile de la mestización", o de la formación del mestizaje, reconociéndola como un documento único en la riqueza de nuestro folklore indio-hispano. Hay muchos bailes notoriamente mestizos, pero todo corresponden a un mestizaje ya formado, con personajes social y racialmente iguales. El baile de las "inditas" por el contrario lo que nos dice es cómo se formó la raza mestiza; por un proceso de cruce sexual entre dos razas de culturas desiguales en el que la América aportó el óvulo oprimido y tímido y España el elemento masculino, superior y libre.

Es de lamentar que el baile de las "inditas" al extenderse de su origen hacia otras partes de Nicaragua haya sufrido adulteraciones que echarán a perder su gran valor sociológico e histórico verdaderos. En Managua tuve también la oportunidad de ver este baile, pero allí se le ha deformado de tal manera que la dama hasta lleva enaguas modernas y adornos de la época presente. Algunas veces desaparece el güipil para ser sustituido por una camisa de la civilización reciente. Es de desearse que un Instituto Nacional del Folklore preserve la riqueza popular de Nicaragua, expresiva y variada, pero amenazada de muerte por el abandono y falta de cuidado técnico, como sucede con el "torohuaca", el baile de la nueva economía introducida por los hispanos, el que casi ha desaparecido por la ruinoso penuria en que ha caído Monimbó, y las "inditas", baile que debe conservarse en su auténtico estado original de pureza, para que tenga siempre el valor histórico y sociológico que le dieron los indígenas de aquel barrio masayés, verdadero corazón sangrante, pero siempre corazón de la Nicaragua que ya empieza a buscarse a sí misma.